

MARIAMA BÂ (1929-1981)

La obra de Mariama Bâ se reduce a dos títulos: *Une si longue lettre*, publicada en 1980, y *Le chant écarlate*, que aparece después de su muerte. La primera se presenta como una larga secuencia epistolar en la que abundan los detalles autobiográficos y que la convierten en un testimonio fiel de las costumbres sociales de Senegal. Al quedar viuda, Ramatoulaye escribe una extensa misiva a Aïssatou, su amiga de infancia, en la que expone todas sus reflexiones acerca de la situación de la mujer, eternamente sometida, como hija, como esposa y hasta en la viudez, a las estructuras dictadas por los hombres.

Aunque también hace alusiones al amor, a la muerte y a la amistad, el tono claramente feminista de la obra de Mariama Bâ expresa su crítica a la actitud de resignación predicada por la religión islámica que, junto a las injusticias de la estructura social, reducen aún más las posibilidades para la mujer de aspirar a una condición más equitativa.

Mediante una escritura sobria y mesurada, aunque no carente de emotividad poética, la novelista da su propia visión de la situación de muchas mujeres en las sociedades polígamas, tema muy recurrente en gran parte de la literatura africana.

EL CUADERNO

AÏSSATOU:

Recibí tu recado. A modo de respuesta, abro este cuaderno, punto de apoyo en mi desconsuelo: nuestro largo contacto me ha enseñado que la confidencia ahoga el dolor.

Tu existencia en mi vida no es en absoluto un azar. Nuestras abuelas, cuyos terrenos estaban separados por una cerca de carrizos, intercambiaban mensajes cotidianamente. Nuestras madres se peleaban el cuidado de nuestros tíos y tías. En cuanto a nosotras, gastamos enaguas y sandalias sobre el mismo camino pedregoso rumbo a la escuela coránica. Enterramos en los mismos agujeros nuestros dientes de leche, implorando al Hada-ratón que nos los devolviera más bellos.

Si bien los sueños mueren con el correr de los años y de las realidades, conservo intactos mis recuerdos, sal de mi memoria.

Cuando te invoco, el pasado renace con su cortejo de emociones. Cierro los ojos. Un flujo y un reflujo de sensaciones se produce: calor y deslumbramiento, hogueras de leña; delicias en nuestra boca golosa, el mango verde con picante, mordido una vez por ti y otra por mí. Cierro los ojos. Flujo y reflujo de imágenes; el rostro ocre de tu madre, tachonado de gotitas de sudor a la salida de la cocina; la procesión bulliciosa de las chiquillas empapadas de regreso de los manantiales.

El mismo recorrido nos llevó de la adolescencia a la madurez en que el pasado fecunda al presente.

¡Amiga, amiga, amiga! Te nombro tres veces.^[1] Tú te divorciaste. Hoy, yo he quedado viuda.

Modou ha muerto. ¿Cómo contártelo? No se saca cita con el destino. El destino empuña a quien se le antoja, cuando se le antoja. En el sentido de nuestros deseos, nos trae la plenitud. Pero las más de las veces, desequilibra y golpea. Entonces, padecemos. Yo tuve que padecer la llamada telefónica que trastornó mi vida.

¡Un taxi! ¡Rápido! ¡Más rápido! La garganta seca. En el pecho una bola inmóvil. ¡Rápido! ¡Más rápido! ¡Por fin el hospital! El olor de supuraciones y de éter mezclados. ¡El hospital! Rostros crispados, una escolta lacrimosa de gente conocida o desconocida, testigos a pesar suyo de la atroz tragedia. Un pasillo que se extiende, que nunca acaba de alargarse. En el extremo, una habitación. En la habitación, una cama. En esa cama: Modou acostado, aislado del mundo de los vivos por una sábana blanca que lo envuelve completamente. Una mano se adelanta, temblorosa, y descubre el cuerpo lentamente. En el desorden de una camisa azul de finas rayas, aparece el pecho, velludo, tranquilo para siempre. Ese rostro coagulado en el dolor y la sorpresa es efectivamente el suyo; también son suyas esa frente despejada, esa boca entreabierta. Quiero asir su mano. Pero me alejan. Oigo a Mawdo, su amigo médico, quien me explica: Ataque cardíaco fulminante ocurrido en su oficina cuando dictaba una carta. La secretaria tuvo la presencia de ánimo para llamarme. Mawdo repitió los detalles de su llegada tardía con la ambulancia. Pienso: «El médico después de la muerte». Imita el masaje al corazón que le dio, así como la inútil respiración de boca a boca. Sigo pensando: masaje al corazón, respiración de boca a boca, armas irrisorias contra la voluntad divina.

Escucho palabras que crean a mi alrededor una nueva atmósfera en la que me desenvuelvo, ajena y crucificada. La muerte, tenue paso entre dos mundos opuestos: uno tumultuoso, el otro inmóvil.

¿Dónde apoyarme? La juventud tiene sus exigencias de dignidad. Me aferro a mi rosario. Lo recorro con ardor permaneciendo de pie sobre mis piernas blandas. Mis caderas marcan la cadencia del alumbramiento.

En mi mente afloran repentinamente trozos de mi vida, versículos grandiosos del Corán, nobles palabras consoladoras se disputan mi atención.

Milagro gozoso del nacimiento, milagro tenebroso de la muerte. Entre ambos, una vida, un destino, dice Mawdo Bâ.

Miro fijamente a Mawdo. Me parece más alto que de costumbre en su bata blanca. Lo siento delgado. Sus ojos enrojecidos son testimonio de cuarenta años de amistad. Aprecio sus manos de una belleza con clase, de una finura absoluta, manos ágiles acostumbradas a diagnosticar la enfermedad. Esas manos, movidas por la amistad y una ciencia rigurosa, no pudieron salvar al amigo.

Modou Fall está bien muerto, Aïssatou. Prueba de ello es el desfile ininterrumpido de hombres y mujeres que «se enteraron», los gritos y llantos que me rodean. Esta situación de extrema tensión agudiza mi sufrimiento y persiste hasta el día siguiente, día del entierro.

¡Qué río hormigueante de seres humanos venidos de todas las regiones del país donde la radio difundió la noticia!

Algunas mujeres, parientes cercanas, se afanan para amortajar el cuerpo, tienen que llevar al hospital, incienso, agua de colonia, algodón. En un cesto nuevo colocan cuidadosamente los siete metros de percal blanco, el único autorizado para un muerto musulmán. Tampoco falta el «Zem-Zem», agua milagrosa traída de los Santos Lugares del Islam que se conserva piadosamente en cada familia. Se escogen lienzos ricos y oscuros para recubrir a Modou.

Con la espalda arrellanada dentro de cojines y las piernas estiradas y con la cabeza cubierta por un lienzo negro, sigo los ires y venires. Frente a mí, una criba nueva, comprada para la ocasión, recibe las primeras limosnas. La presencia a mi lado de mi coesposa me crispa. De acuerdo con la costumbre, la instalaron en mi casa para los funerales. Cada hora que pasa se hace más profundo el hueco de sus mejillas, se acentúan sus ojeras alrededor de esos ojos inmensos y bellos que se cierran y abren a sus secretos, quizá a su nostalgia. En la edad de la risa y de la despreocupación, en la hora del amor, la tristeza doblé a esta criatura.

Mientras que los hombres en una larga fila heteróclita de autos oficiales o particulares, de rápidos autobuses, de camionetas y motonetas, conducen

a Modou a su última morada (mucho tiempo después se seguirá hablando de la multitud que siguió al cortejo fúnebre), nuestras cuñadas nos despeinan. Mi coesposa y yo estamos instaladas bajo una tienda improvisada hecha con un lienzo tendido por encima de nuestras cabezas. Mientras que nuestras cuñadas trabajan, las mujeres presentes, avisadas acerca de la maniobra, se levantan y arrojan moneditas sobre el techo movedizo para conjurar el maleficio.

Es el momento temido por toda senegalesa, ante el cual sacrifica sus bienes para hacer regalos a su familia política, y en el que, peor aún, además de los bienes, se despoja de su personalidad, de su dignidad, convirtiéndose en una cosa al servicio del hombre que la desposa, del abuelo, de la abuela, del padre, de la madre, del hermano, de la hermana, del tío, de la tía, de los primos, de las primas, de los amigos de ese hombre. Su conducta está condicionada: una cuñada no toca la cabeza de una esposa que ha sido avara, infiel o inhóspita.

Nosotras sí hemos sido merecedoras; de allí el coro de alabanzas cantadas a gritos. Nuestra paciencia a toda prueba, nuestra generosidad de corazón, la frecuencia de nuestros regalos encuentran su justificación y su recompensa ese día. Nuestras cuñadas tratan con la misma equidad treinta que cinco años de vida conyugal. Celebran, con la misma facilidad y las mismas palabras, doce y tres maternidades. Tomo nota, encolerizada, de esta voluntad de nivelamiento que regocija a la nueva suegra de Modou.

Después de haberse lavado las manos en un aguamanil colocado a la entrada de la casa, los hombres, que han regresado del cementerio, desfilan ante la familia agrupada alrededor de nosotras, las viudas. Presentan sus condolencias, sazonadas de alabanzas, en memoria del desaparecido.

—Modou, amigo de los jóvenes y de los viejos...

—Modou, corazón de león, defensor del oprimido...

—Modou, tan natural dentro de un traje sastre como dentro de un caftán.

—Modou, buen hermano, buen marido, buen musulmán...

—Que Dios lo perdone...

—Que se arrepienta de su estadía en la tierra ante su felicidad celestial...

—¡Que la tierra le sea ligera!

Están allí sus compañeros de juegos de la infancia, alrededor del balón redondo o de la caza de pájaros, con las resorteras. Están allí sus compañeros de estudio. Están allí sus compañeros del sindicato.

Los «Siguil ndigalé»^[2] se suceden, conmovedores, mientras que manos expertas distribuyen a la concurrencia galletas, caramelos, colas^[3] sabiamente mezcladas, primeras ofrendas dirigidas a los cielos para el descanso del alma del difunto. [...]

[...]

Ayer celebré, como se debe, la cuarentena de la muerte de Modou. Lo perdoné. Que Dios escuche las oraciones que todos los días digo por él. Celebré la cuarentena en el recogimiento. Un grupo de iniciados leyó el Corán. Sus voces fervientes se elevaron hacia el cielo. ¡Dios tiene que acogerte entre sus elegidos, Modou Fall!

Después de los actos piadosos, Tamsir vino a sentarse en mi recámara, en el sillón azul que a ti te gustaba. Inclinando la cabeza hacia afuera, le hizo una seña a Mawdo; también llamó al imam de la mezquita de su barrio. El imam y Mawdo se acercaron a él. Tamsir habla esta vez. La semejanza entre Modou y Tamsir, es pasmosa: los mismos tics de la inexplicable ley de la herencia. Tamsir habla lleno de aplomo; invoca (una vez más) mis años de matrimonio, luego concluye: «Después de tu “salida” (sobreentendido: del duelo), me casaré contigo. Me convienes como mujer; además, seguirás viviendo aquí, como si Modou no hubiera muerto. En general, es el hermano menor el que recibe como herencia a la esposa dejada por el mayor. Aquí, es lo contrario. Tú eres mi oportunidad. Te desposo. Te prefiero a la otra, demasiado ligera, demasiado joven. Yo había desaconsejado ese matrimonio a Modou».

¡Vaya declaración de amor llena de fatuidad en una casa en la que el duelo no ha desaparecido! ¡Qué seguridad y qué aplomo! Miro a Tamsir a los ojos. Miro a Mawdo. Miro al imam. Estrujo mi chal negro. Desgrano mi rosario. Esta vez, hablaré.

Mi voz sabe de treinta años de silencio, treinta años de vejaciones. Mi voz estalla violenta, a veces sarcástica, otras despreciativa.

—¿Alguna vez sentiste afecto por tu hermano? Y ya quieres construir un hogar nuevo sobre un cadáver fresco. Mientras rezamos por Modou, tú piensas en futuras nupcias.

»¡Claro, tu jugada es adelantarte a cualquier pretendiente posible, adelantarte a Mawdo, el fiel amigo que tiene más méritos que tú y que, igualmente, según la costumbre, puede ser heredero de la esposa! Olvidas que tengo un corazón, una razón, que no soy un objeto que se pasa de mano en mano. Ignoras lo que para mí significa casarse: es un acto de fe y de amor, un don total de sí al ser que uno ha elegido y que nos ha elegido. (Yo insistía en la palabra *elegido*).

»¿Y tus mujeres, Tamsir? Tus ingresos no cubren ni sus necesidades ni las de tus decenas de hijos. Para suplirte en tus deberes financieros, una de tus esposas hace trabajos de tintura, la otra vende fruta, la tercera gira incansablemente la manivela de su máquina de coser. Mientras tanto, tú descansas cómodamente como señor venerado que se hace obedecer con el dedo y la mirada. Nunca seré el complemento de tu colección. Mi casa nunca será para ti el oasis codiciado: nada de cargas adicionales; todos los días estaré de turno;^[4] estarás aquí en medio de la limpieza y el lujo, de la abundancia y la calma.

»Y además están Daba y su marido, que han demostrado su capacidad financiera al comprar todos los bienes de tu hermano. ¡Qué promoción! Tus amigos, quedarán bizcos de envidia al verte».

Mawdo me hacía señas con la mano:

—¡Calla! ¡Calla! ¡Detente! ¡Detente!

—Pero uno no detiene una furia en marcha. Concluí, más violenta que nunca:

—Tamsir, tus sueños de conquistador me causan vómito. Duraron cuarenta días. Nunca seré tu mujer.

El imam tomaba a Dios por testigo:

—¡Qué palabras profanas son éstas, y en autendo de duelo!...

Sin decir una palabra, Tamsir se levantó. Comprendía perfectamente su derrota.

Éste era mi desquite ante otro día en que los mismos tres me anunciaron, con desenvoltura, el matrimonio de Modou Fall con Binetou.

Aïssatou, ni siquiera vistiendo el duelo puedo estar tranquila.

Después de Tamsir, Daouda Dieng... ¿Te acuerdas? Daouda Dieng, mi antiguo pretendiente. A su madurez yo había preferido la inexperiencia, a sus generosidades la pobreza, a su ponderación la espontaneidad, a su estabilidad la aventura.

Vino al entierro de Modou. El sobre que entregó a Fatim contenía una fuerte suma. Y su mirada insistente estaba cargada de intención... por supuesto.

Por lo que a mí respecta, creo que es verdad lo que él nos confiaba bromeando, cuando el azar hizo que lo encontráramos: nunca se olvida el primer amor.

Después de que Tamsir quedara eliminado desde ese memorable día en que acabé con sus aspiraciones de conquistador, sí, después de Tamsir, ¡Daouda Dieng fue candidato a mi mano! Daouda Dieng había sido el preferido de mi madre. Todavía oigo su voz persuasiva aconsejándome: una mujer debe casarse con el hombre que la ama pero no con el que ella ama; es el secreto de una felicidad duradera.

Daouda Dieng se había conservado bien comparado con Mawdo y Modou. En el umbral de la vejez, resistía a los múltiples asedios del tiempo y de las actividades. Vestía con elegancia un traje gris de bazin^[5] bordado; seguía siendo el mismo hombre pulcro, meticoloso, bien rasurado. Su éxito social lo adornaba sin condescendencia. Aun cuando fuera diputado en la Asamblea nacional, seguía siendo accesible y subrayaba sus juicios con ademanes precisos. Sus cabellos un poco plateados le imprimían cierto encanto.

Por la seriedad de sus acciones y la claridad de sus palabras, desde hacía tres años iba imponiéndose en la contienda política. Su auto, con la divisa distintiva de los colores nacionales, estaba estacionado en la acera de enfrente.

¡Cuán preferible me parecía su emoción a la arrogante seguridad de Tamsir! El estremecimiento de sus labios lo traicionaba. Su mirada recorría

mi cara. Yo me pertrechaba en las trivialidades: «¿Y Aminata (su esposa)? ¿Y los hijos? ¿Y tu consultorio médico? ¿Y la Asamblea nacional?».

Mis preguntas brotaban sin interrupción, tanto para hacerlo sentir cómodo como para reanudar un diálogo interrumpido largo tiempo. Sus respuestas eran breves. Pero mi última pregunta le hizo levantar los hombros como para subrayar un «Está bien», lanzado como un reto.

Y yo añadí: «¡Debe estar bien, esa Asamblea masculina!».

Dije esta frase en tono de guasa, sin dejar de entornar los ojos. ¡Eterno femenino, hasta en el luto te asomas, quieres seducir, quieres interesar!

Daouda no se dejaba engañar. Sabía perfectamente que yo quería sacarlo de su turbación y rasgar el telón de silencio y de malestar que nos separaba, tejido con los hilos de largos años de ausencia y con mi antiguo rechazo a casarme con él.

—¡Siempre critica, Ramatoulaye! ¿Por qué esta afirmación irónica y ese calificativo ofensivo cuando hay mujeres en la Asamblea?

—Cuatro mujeres, Daouda, cuatro de un centenar de diputados. ¡Vaya proporción irrisoria! ¡Ni siquiera una representación regional!

Daouda rió, con una risa franca, contagiosa, que me golpeaba.

Mezclamos nuestras risas ruidosamente. Volvía a descubrir la hilera deslumbrante de sus dientes, coronados con el acento circunflejo de bigote negro, peinado y muy liso. ¡Ah! esos dientes sin espacios habían ganado la confianza de mi madre. «Pero es que ustedes las mujeres son verdaderos obuses. Demuelen. Destrozan. Imagínate un grupo numeroso de mujeres en la Asamblea. ¡Vamos, todo volaría, todo acabaría en llamas!».

Y nosotros seguíamos riendo.

Luego comenté arrugando la frente: «¡No somos incendiarias, sino más bien estimulantes!». Y él seguía abogando: «En no pocos ámbitos y sin jaloneos, gozamos de los nada despreciables logros procedentes de otros lugares, de concesiones arrancadas a las lecciones de la Historia. Al igual que ustedes, tenemos derecho a la instrucción, que puede llegar hasta el límite de nuestras posibilidades intelectuales. Tenemos derecho al trabajo imparcialmente asignado y justamente retribuido. El derecho al voto es un arma seria. Y acaba de promulgarse el Código de la familia, que restituye a la más humilde de las mujeres su dignidad tantas veces ultrajada».

Pero Daouda, las restricciones siguen existiendo; pero Daouda, las viejas creencias renacen; pero Daouda, el egoísmo resurge, el escepticismo se asoma en cuanto se trata del ámbito político. Es un coto cerrado y defendido por perros rabiosos.

«¡Casi veinte años de independencia! ¿Para cuándo surgirá la primera mujer ministro vinculada a las decisiones que orientan el devenir de nuestro país? Y sin embargo la militancia y la capacidad de las mujeres, su compromiso desinteresado ya no necesitan ser probados. La mujer ha llevado a más de un hombre al poder». Daouda me escuchaba, pero me daba la impresión de que más que mis ideas lo cautivaba mi voz.

Y proseguí: «¿Cuándo llegará a conducirse la sociedad educada no en función del sexo, sino de criterios de valor?».

Daouda Dieng saboreaba la calidez del sueño interior que proyectaba en mí. Yo me desbocaba, igual que un caballo inmovilizado largo tiempo al que liberan y que se embriaga de espacio. ¡Ah, la alegría de tener frente a sí a un interlocutor, a un enamorado por añadidura!

Yo seguía siendo la misma Ramatoulaye... un poco belicosa.

Y en mi fogosidad arrastraba a Daouda Dieng. Era un hombre recto, que luchaba siempre que la situación lo exigía, por una mayor justicia social. En su ingreso a la política no había intervenido en absoluto el gusto por la ostentación y el lujo, sino más bien el amor al prójimo, el furor del reparador de errores y de injusticias.

«¿Fíjate a quién te diriges, Ramatoulaye? Conoces los ecos de mis intervenciones en la Asamblea nacional, donde soy tildado de “feminista”. Por lo demás, no soy el único en insistir en el cambio de las reglas del juego y en inyectarle un nuevo aliento. La mujer ya no debe ser el accesorio que adorna. El objeto que uno desplaza, la compañera a la que se halaga o se tranquiliza con promesas. La mujer es la raíz primera, fundamental de la nación a la que se injerta cualquier aporte, también de donde parte toda floración. Es preciso incitar a la mujer a interesarse más por el destino del país. Hasta tú que repelas preferiste a tu marido, a tu clase, a los hijos en lugar de los asuntos públicos. Si existen hombres solos que militan en los partidos ¿por qué deberían pensar en las mujeres? Resulta humana la reacción de quedarse con la mejor porción cuando se reparte el pastel.

»No seas egoísta en tu reacción. Abraza el destino de todos los ciudadanos de tu país. Ninguno salió bien en el reparto, incluso nosotros a quienes nos consideran acomodados, sólidos financieramente pese a que todos nuestros ahorros se van en el mantenimiento de una clientela electoral ávida que cree habernos promovido. Y no es fácil lograr que se desarrolle un país. Entre más responsable eres, más lo sientes; la miseria te oprime el corazón y eres impotente ante ella. Se trata de todas las miserias materiales y morales. Un mayor bienestar requiere carreteras, casas dignas, pozos, dispensarios, medicamentos, semillas. Soy de los que han predicado la rotación en las regiones de la celebración de la fiesta de la independencia. La iniciativa es afortunada, pues permite inversiones y transformaciones regionales.

»Se necesita dinero, montañas de dinero, que es preciso encontrar entre los otros ganándonos su confianza. Con nuestra única estación de lluvias y nuestra única planta de cultivo, Senegal no puede ir muy lejos, aun cuando esté lleno de valor».

La noche caía del cielo rápidamente, como apresurada por oscurecer a seres y cosas; atravesaba las persianas de la estancia. La invitación del muecín a la oración del «Timiss» era persuasiva; Ousmane se paró de puntas y empujó el interruptor. La luz brotó y nos inundó brutalmente.

Daouda, que no ignoraba las obligaciones de mi condición, se levantó. Alzó en sus brazos a Ousmane, que reía levantando los suyos. Lo posó en el suelo. «Hasta mañana, dijo. Había venido por otro asunto. Me llevaste hacia la discusión política. Cualquier discusión es enriquecedora. Hasta mañana, repetía».

Sonrió: asomaron sus nítidas hileras de dientes perfectamente alineados. Sonrió y abrió la puerta. Me quedé oyendo cómo disminuía su paso. Un instante después, el rugido de su potente auto lo llevaba hacia su hogar.

¿Qué le contará a Aminata, su mujer, y a su prima para justificar su retraso?

Daouda Dieng regresó al día siguiente. Sin embargo, para desgracia suya y fortuna mía, la visita de mis tías maternas le impidió expresarse libremente. No se atrevió a quedarse tanto tiempo. [...]

[...]

Otra noche, me dijo:

—Me llegaron los rumores de que rechazaste a Tamsir. ¿Es cierto?

—Sí.

—Ahora es mi turno, y por segunda vez en mi vida vengo a solicitar tu mano... por supuesto, cuando te quites el luto. Siento por ti lo mismo que antes. El alejamiento, tu matrimonio y el mío no consiguieron minar mi amor por ti. Es más, el alejamiento lo acentuó; el tiempo lo consolidó; mi madurez lo depuró; te amo profundamente, pero también con la razón. Quedaste viuda con hijos menores. Yo soy jefe de una familia. Cada uno cuenta con el peso de lo «vivido» que puede ayudarlo en la comprensión del otro. Te abro los brazos para una nueva felicidad, ¿aceptas? [...]

«Daouda:

Pretendes a una mujer que sigue siendo la misma, Daouda, pese a los intensos estragos del sufrimiento.

Tú que me has amado, tú que sigues amándome —no lo dudo—, trata de comprenderme.

No tengo la flexibilidad de conciencia necesaria para aceptar ser tu esposa cuando lo que me inclina hacia ti es únicamente la estimación justificada por tus múltiples cualidades.

No puedo ofrecerte nada más, cuando tú lo mereces todo. El afecto no puede justificar una vida conyugal cuyas trampas conozco por haberlas experimentado.

Y luego, la existencia de tu mujer y de tus hijos complica aún más la situación. Abandonada ayer, debido a una mujer, no puedo introducirme tranquilamente entre tú y tu familia.

Creas que el problema de la poligamia es sencillo. Quienes lo viven saben de sus tensiones, de sus mentiras, de las injusticias que lastran su conciencia con la alegría efímera de un cambio. Estoy segura de que tu móvil es el amor, un amor que existió mucho antes de tu matrimonio y que el destino no colmó.

Con una tristeza infinita y lágrimas en los ojos te ofrezco mi amistad. Acéptala, querido Daouda. Con gran placer te recibiré en mi casa.

Hasta pronto ¿verdad?

Ramatoulaye».

[...]

Daouda puso mi carta sobre la mesa. [...] Garabateó en un papel la terrible fórmula que en otro tiempo nos separó y que había aprendido durante sus estudios de medicina:

«Todo o nada. Adiós».

Aïssatou, Daouda no volvió nunca.

Mariama Bâ, *Une si longue lettre*, Les Nouvelles Éditions Africaines, ACCT, París, 1980, pp. 7-12, 84-92, 95, 99-101.